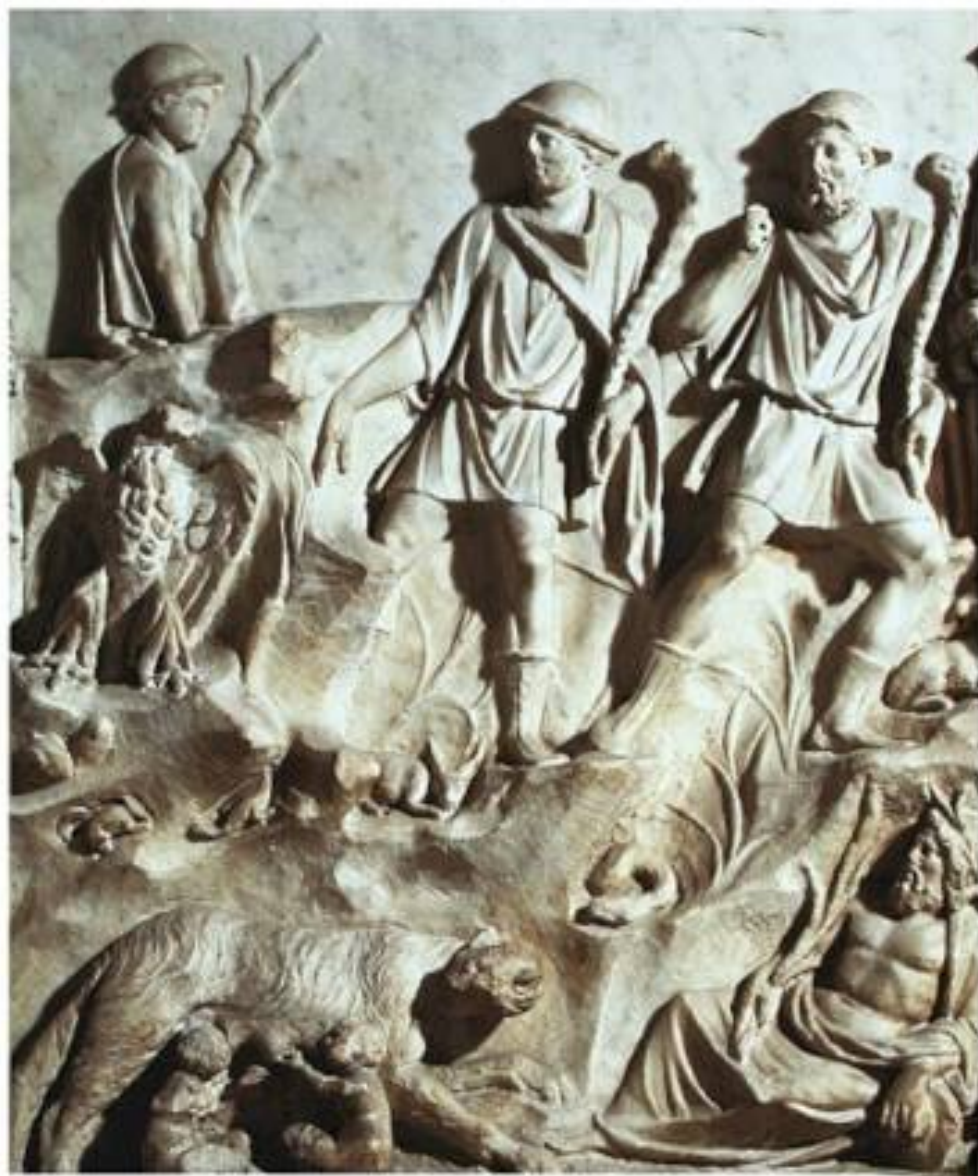


THEODOR MOMMSEN

# HISTORIA DE ROMA

LIBROS I Y II. DESDE LA FUNDACIÓN DE ROMA  
HASTA LA REUNIÓN DE LOS ESTADOS ITÁLICOS



Cuando en 1856 fue publicada por primera vez la *Historia de Roma* de Theodor Mommsen tuvo un impacto notable. Apartándose de la narración cronológica de los hechos militares y de las versiones legendarias y tradicionales, Mommsen aplicó un enfoque historiográfico moderno, basado en el análisis filológico y jurídico, y elaboró una reconstrucción sintética y sistemática de la historia romana, de sus instituciones y de los aspectos estructurales de su civilización.

Su estilo de escritura moderno y fluido, la fuerza literaria de sus descripciones y la naturaleza polémica de muchos de sus juicios acerca de las figuras políticas romanas sorprendieron e imprimieron un sello de originalidad a una obra hoy clásica, que le valió a su autor el Premio Nobel de Literatura en 1902.

De imprescindible lectura para quienes intentan abordar la historia de la antigua Roma, esta nueva edición ha sido actualizada a fin de adecuar el texto en castellano a nuestro habla actual y restituye además la partición original de la versión alemana. El prestigioso historiador Luis Alberto Romero tuvo a su cargo la revisión final de la edición y aporta además, en la presentación, claves de lectura para el público contemporáneo.

Este primer volumen, de los cuatro que completan la obra, comprende el primero de los dos grandes períodos descritos por Mommsen: la unión de todos los pueblos itálicos bajo la hegemonía de la raza latina, es decir, la historia interior, y el de la dominación de la península itálica sobre el mundo.

## MOMMSEN Y SU *HISTORIA DE ROMA*

El historiador alemán Theodor Mommsen (1817-1903) estudió en la Universidad de Kiel, investigó sobre antigüedades romanas en Italia y enseñó luego en las más prestigiosas universidades de su país, donde alcanzó los más altos lauros académicos: presidió la célebre Academia de Berlín y recibió en 1902 el Premio Nobel. Fue un científico y también un ciudadano: participó como diputado en la Cámara de Prusia y luego en el Reichstag del Imperio alemán, donde defendió ideas liberales y progresistas, y apoyó el programa de unificación alemana del canciller Otto von Bismarck.

Mommsen pertenece al grupo de historiadores alemanes que a lo largo del siglo XIX renovó los estudios sobre la antigüedad clásica: B. G. Niebhur, con su *Historia de Roma*, J. G. Droysen, autor de la *Historia del helenismo* y J. Burckhardt, que escribió una *Historia de la cultura griega*. Todos fueron herederos de la tradición historiográfica de Leopold von Ranke; rechazaron tanto la filosofía de la historia de Hegel como la acrítica admiración por la Antigüedad propia de la Ilustración. Descartaron las leyendas y tradiciones de origen poético, que alimentaban hasta entonces los relatos históricos sobre la Antigüedad, y se concentraron en las fuentes escritas, que examinaron a la luz de los modernos instrumentos críticos y particularmente de la filología.

Mommsen se destacó por su gran erudición, plasmada en diversas obras monográficas: una *Historia de la moneda romana*, el *Manual de Antigüedades* y sobre todo el *Corpus Inscriptionum Latinarum*, primera y monumental recopi-

lación epigráfica sobre la antigüedad latina. Esas fuentes epigráficas, sometidas a rigurosos análisis filológicos, renovaron y ampliaron la base de información disponible para la reconstrucción de la historia clásica. La *Historia de Roma* es en cambio una obra de síntesis, que se publicó inicialmente en 1856, y fue completada en 1884. Con ella, Mommsen se propuso realizar una descripción sistemática y detallada de acuerdo con un enfoque analítico y metódico.

Combinando el análisis filológico con el jurídico, Mommsen organizó un novedoso relato de la historia romana basado en la caracterización de sus instituciones y en lo que llama la historia constitucional. A partir del análisis de las instituciones republicanas, pretendía superar la simple y usual narración cronológica de los eventos militares y explicar el espíritu de la civilización romana en sus aspectos más permanentes. Se ocupa así de las cuestiones económicas, la religión, la vida cotidiana, y sobre todo el desarrollo territorial del estado romano, considerado como el fruto de los emprendimientos militares.

En su tiempo, esta obra sorprendió no solo por la sólida erudición, registrada en las notas, sino por la fluidez del relato, la modernidad de su estilo y la contundencia de sus opiniones. Llamaron la atención sobre todo algunas de tipo peyorativo referidas a figuras políticas romanas hasta entonces reverenciadas, que eran juzgadas con los valores y los prejuicios de un *junker* prusiano y de un fervoroso nacionalista alemán.

La obra de Mommsen tuvo una repercusión rápida y grande, y pronto fue traducida a varias lenguas europeas. En Italia su influencia fue notable: Mommsen resultó el fundador de la moderna escuela epigráfica latina italiana. El clima nacionalista de finales del siglo XIX, y el vigoroso compromiso de Mommsen con la política de Bismarck limitaron su influencia en Inglaterra y sobre todo en Francia. En 1870, en el contexto de la guerra franco prusiana, Mommsen sostuvo una dura polémica con su colega francés Fus-

tel de Coulanges respecto de los derechos de ambos países sobre la región de Alsacia.

La *Historia de Roma* fue traducida al castellano en fecha temprana: 1876. Su traductor, Alejo García Moreno, director de la prestigiosa casa editorial Góngora, era hombre de vasta cultura. Abogado, historiador y buen conocedor de la filosofía, enseñó en el Instituto de Historia de la Universidad de Madrid y tradujo entre otras muchas obras la *Historia de Grecia* de Curtius y varios de los tratados de Kant. Como traductor, combinó un sólido conocimiento de la materia histórica con un excelente dominio de la lengua castellana, que le permitió realizar una verdadera recreación del texto original.

Han pasado más de ciento cincuenta años desde que esta *Historia de Roma* fue escrita. Desde entonces, no solo siguió desarrollándose el conocimiento histórico, sino que los enfoques, las preguntas, los temas y hasta los preconceptos de los historiadores han cambiado. Hoy no se lee a Mommsen como se lee a un historiador contemporáneo; en cambio, se lo aprecia y disfruta como a Tucídides, Tácito, Voltaire o Benedetto Croce. Probablemente algunos enfoques o puntos de vista de Mommsen sorprenderán al lector, y conviene que esté sobre aviso.

En primer lugar, su apreciación de la religión romana primitiva. Al concentrarse en el estudio de las inscripciones, atiende sobre todo a los gestos rituales de los cultos cívicos: los calendarios, los colegios sacerdotales y el rito comunitario de la ciudad. Este enfoque redujo la historia religiosa del mundo romano a las manifestaciones oficiales y sus implicaciones políticas. Para Mommsen no contaban tanto las actitudes mentales; no se interesó en las creencias mas allá de los testimonios de la religión de Estado, y esto es lo que lo llevó a exagerar la separación de la religión romana respecto de la griega. Por otra parte, el uso de fuentes literarias le hubiera permitido dar cuenta de la experien-

cia individual del fenómeno religioso, como han hecho posteriormente los antropólogos.

Otro de los presupuestos de Mommsen es común a todos los estudios históricos y sociales de la época: su apego a las teorías racistas para explicar la composición y estructura de la sociedad romana primitiva. La filología le permite fundamentar el carácter indoeuropeo de muchas de las instituciones y costumbres de la primitiva Roma. En su análisis del origen del patriciado y la plebe romanos, la etnicidad juega un papel fundamental para explicar las estructuras socioeconómicas: encuentra en ella el origen de las diferencias de clase o estamentales. Por otra parte, ese enfoque racista se combina con el nacionalismo romántico, fundado en la percepción de ciertas esencias nacionales —el espíritu de un pueblo— que son inmutables y se expresan preferentemente en su lengua, verdadero espejo del alma nacional. Así, los latinos, los etruscos y los griegos son «naciones», como también lo son los romanos, síntesis de las tres etnias del Lacio: latinos, sabinos y etruscos. Por eso, el estudio de la lengua romana es la vía fundamental por la que en la obra de Mommsen se accede al universo ideal y material de los romanos.

Por último, en su análisis de las guerras civiles y del papel de los líderes políticos del período tardo republicano —en especial Julio César— se vislumbra la situación política de Alemania previa a la unificación y el compromiso de Mommsen con la política de Bismarck. Aunque Mommsen analiza las estructuras sociales y económicas, la crisis política de la República es explicada desde el punto de vista de la colisión de personalidades. Aquí también hay un rasgo propio de su época y de su ambiente. A menudo se ha observado que en la admiración de Mommsen por la figura de Julio César se proyectan sus propios sentimientos nacionalistas. Creía ver en éste al líder, que transformó el caos de la República en un orden, una prefiguración de lo que Bismarck realizaba en la Alemania unificada de su tiempo.

A pesar de que muchas de las hipótesis sostenidas por Mommsen ya no puedan mantenerse, la lectura de la *Historia de Roma* sigue planteando desafíos universales para el historiador de la Antigüedad: el valor de una aproximación crítica a las fuentes, a partir de herramientas metodológicas pertinentes, y la necesidad de la revisión permanente de las hipótesis explicativas. Para el lector culto, Mommsen ofrece un relato muy atractivo, que sigue siendo válido y que además permite la interesante experiencia de recrear el clima de ideas del momento en que fue escrito, en la segunda mitad del siglo XIX.

LUIS ALBERTO ROMERO

## PRÓLOGO

La experiencia de la humanidad saca provecho de la historia, panteón de sus glorias y de sus triunfos, pues a la luz de la comparación crítica lucen, para enseñanza de las generaciones venideras, lecciones y ejemplos dignos de imitación, y a la vez saludables advertencias de memorables escarmientos. En él ocupan lugar privilegiado, a la par que demandan consideración privatisima, los anales de la nación romana, pueblo que congrega las tradiciones, enseñanza y elementos sociales de la Edad Antigua, para labrar un incomparable vestíbulo al edificio portentoso de los tiempos nuevos.

Le tocó a Grecia, representante del florecimiento del mundo antiguo, profetisa inspirada y precursora del pensamiento moderno, ser la educadora del espíritu humano para sus destinos superiores; a Roma, dejar enseñanzas impecederas en los diferentes ramos de inmediata aplicación a la vida: reglas y normas indestructibles acerca de lo justo e injusto en las prescripciones del derecho, ejemplos de conducta para los pueblos grandes y poderosos en su política, y aun en las violencias y agitaciones de sus movimientos sociales, el espejo y correctivo de todo desorden. Ocupaciones fueron de la primera el arte, la ciencia, lo especulativo; de la segunda, la guerra, la reorganización, lo práctico: la una se movía en un espacio amplio y generalísimo, que se elevaba de la tierra al cielo; la otra lo hacía en el terreno de las aplicaciones prácticas que se arraigaban profundamente en la tierra. Grecia dejó obras que serán maestras de supe-



rior cultura individual; Roma, leyes que gobiernan y dirigen las sociedades.

Después del pueblo judío, pueblo jurista por excelencia, y de la promulgación de la *Torá* divina comunicada a Moisés, ningún pueblo ni ninguna ley han granjeado entre los hombres el influjo que el pueblo y las leyes romanas han conseguido, cuya extraordinaria difusión e influencia revelan, con claridad, que la historia se rige por principios verdaderamente providenciales.

En este sentido, no fue tan significativo que la capital del Imperio se trasladara a Grecia. En Bizancio se conservó la autoridad y prestigio de las leyes romanas, y, como si la religión del Mesías hubiese venido para consagrar el destino jurídico de Roma, la antigua ciudad de los decenviros, fuerte con el nuevo prestigio de las leyes divinas, detuvo la invasión de los hunos, convirtió a los francos, educó a los godos y a los longobardos, e hizo de los hijos sombríos de las selvas los miembros predilectos de la familia humana. La conquista y culturización del mundo septentrional, empresa que no lograron nunca realizar los emperadores romanos, fue obra de los nuevos emperadores de Occidente auxiliados por los pontífices de Roma, quienes no tardaron en ver difundida su fe y reconocida su autoridad, allí donde los guerreros de Herrman (Arminio) habían derrotado a los soldados de Varo. El Renacimiento fue una obra común a la que contribuyeron los pueblos del Mediodía y los del Norte, y fue en las regiones septentrionales donde continuó por más tiempo y donde las ideas rectoras experimentaron una verdadera evolución.

Durante los siglos XIV, XV y XVI la ambición de los humanistas se cifraba en recoger textos de historiadores y de filósofos, de poetas, oradores y gramáticos. Sus narraciones, noticias y ejemplos eran mirados con veneración y consideración casi religiosa.

A fines del siglo XVII, fortalecida Europa con las libertades concedidas en la Paz de Westfalia, se comenzó a ejer-

cer el espíritu crítico con gran desenfado en todas las esferas de la vida, incluidas la filosofía y la historia. Entonces brilló Perizonio, quien, al comparar diferentes pasajes de los autores clásicos relativos a los primeros tiempos de Roma, concluyó que existían importantes diferencias entre ellos. Señaló, por ejemplo, que los que llaman *Rea* a la madre de Rómulo y Remo la presentan como hija del rey Albano, mientras que los que la denominan *Ilia* le dan por padre a Eneas, príncipe de Troya. Doce años después, Bayle reproducía una crítica análoga siguiendo la corriente de sus propias aficiones más que el ejemplo de Perizonio, cuya obra le era probablemente desconocida. Oscureció, con todo, aquellas primeras investigaciones originales la obra de Beaufort, discípulo y admirador de Bayle, quien logró hacer populares en el siglo pasado ideas sobre el conjunto de la historia romana que parecían inspiradas por un escepticismo desconsolador e invencible.

Sin embargo, faltaba a todos estos ensayos el pertrecho de un buen fundamento filológico, ya que, al desdeñar la tradición de los antiguos historiadores, habían caído a menudo en peligrosos océanos de conjeturas vanas y de hipótesis absurdas.

El primero en presentar sus estudios sobre bases algo firmes fue el italiano Vico, quien prestó un importante servicio al poner la filología al provecho de la crítica. Sus trabajos, sin embargo, ejercieron poca influencia, y permanecieron en la oscuridad por mucho tiempo. Sus etimologías infantiles, aunque ingeniosas, y fundadas en la lexicografía latina<sup>[1]</sup>, olvidados monumentos y noticias, se movían aún en un círculo demasiado estrecho.

La empresa de escribir una historia verdaderamente crítica de Roma, basándose sobre todo en los recursos de la erudición, solo podía lograr madurez en el tiempo presente, que parece representar, al reconocer las tradiciones,

ideas y monumentos de los pueblos, lo que significaron los siglos XV y XVI en todas las costas y territorios habitados.

Durante el primer tercio de este siglo, apenas se vio Prusia libre del cuidado de la guerra con los franceses, se dedicó al fomento de sus universidades aspirando a ejercer un fuerte ascendente sobre el resto de Alemania por los méritos de su cultura. Esto, intentado desde el tiempo del gran Federico, en aquella ocasión parecía estar legitimado por los servicios prestados a la patria común de los alemanes en la defensa de su independencia.

Entonces se produjo un renacimiento de gran importancia en los estudios clásicos, acaudillado en buena parte por Niebuhr, el distinguido viajero que había pasado mucho tiempo en Italia estudiando sus monumentos e inscripciones epigráficas, y a quien el monarca prusiano había encomendado la publicación de las obras históricas de los escritores bizantinos.

En las lecciones dadas por este maestro en Bonna no se destruye la tradición romana para fingirla o sustituirla de cualquier modo. Por el contrario, al acopiar materiales riquísimos de la industria, del arte, de la epigrafía, y en particular al realizar una erudita comparación de los textos latinos entre sí, y del testimonio de los escritores griegos, se ven surgir de entre ellos los resplandores de una nueva historia legitimada por los monumentos, aunque anteriormente no adivinada.

Partiendo de procederes filológicos fundados en el conocimiento de la lengua griega, nos mostrará que los sabelios, los samnitas y los sabinos son etimológicamente el mismo pueblo; que la manera de prenombre de Silvia, madre de los gemelos que según la tradición fundaron Roma, no es *Rhea*, sino *rea*, apelativo que denota haber faltado a sus deberes; que Rómulo y Remo son nombres inventados a partir de los de dos poblaciones vecinas y heredados de una tradición anterior que los suponía fundadores de ellas, y que la narración, en fin, de sus hazañas solo descansa en

antiguos himnos nacionales que, según Dionisio de Halicarnaso, cantaban los romanos todavía en su tiempo. Dedicado a utilizar todos los elementos que le prestaba la erudición coetánea, buscó en las antiguas leyes romanas, en las obras de Cicerón y en las de los gramáticos, y hasta en las *Metamorfosis* de Ovidio, los medios para dar solidez a la fábrica levantada por la energía de su espíritu.

Ocurría esto antes de terminar el primer tercio de la presente centuria<sup>[2]</sup>. El genio del orientalismo había comenzado a lucir; se vislumbraban antiguas relaciones y se reconocían semejanzas entre el persa, el indio y las lenguas clásicas; pero se desconocían aún los grados de estas afinidades y de sus diferencias, y el estado de los conocimientos acerca de sus tradiciones históricas y religiosas no permitía ir mucho más allá en la afirmación de sus analogías. Mas cuando, merced a los trabajos de Franck y de Bopp, pudo determinarse la filiación y parentesco de los diferentes miembros de la familia indoeuropea, y aun señalarse el camino de sus peregrinaciones prehistóricas, el trabajo de Niebuhr, llevado a cabo preferentemente con los recursos de la erudición clásica, ya no logró satisfacer cumplidamente las esperanzas de los aficionados a los frutos de las nuevas investigaciones históricas.

Se sucedían, entre tanto, trabajos y monografías curiosísimas sobre los antiguos dialectos de Italia, sus tradiciones y sus antigüedades, y el público vacilaba entre la sencillez de las narraciones de Tito Livio y el edificio labrado por una crítica defectuosa, conmovido y asombrado ante cada nuevo descubrimiento.

Tal era el estado de los estudios romanos cuando en el año de 1856 vio la luz el primer tomo de la *Historia de Roma*, escrita por el doctor Theodor Mommsen. La edad del autor rozaba apenas los treinta años; pero la universalidad de sus conocimientos, su laboriosidad y la especialización de sus investigaciones en el derecho romano y en todo linaje de antigüedades clásicas le habían granjeado un re-

nombre europeo. Profesor sucesivamente en las universidades de Leipzig, Zurich y Breslau, había compartido las tareas de la enseñanza con la preparación y publicación de obras de mérito reconocido.

Ya antes de su promoción al magisterio, había escrito dos interesantes monografías, que todavía se leen con provecho; el opúsculo *De Collegiis et Sodalitiis Romanorum*, impreso en Kiel, 1847, y la erudita memoria *Las tribus romanas bajo el respecto de la administración*, Altona, 1844. En Leipzig publicó, en 1850, el *Estudio sobre los dialectos de la Italia Baja*, y más adelante, en 1851, el *Corpus Inscriptionum Neapolitanarum*. Durante su permanencia en Zurich, en 1854, publicó las *Inscriptiones Confederationis Helveticæ Latinæ*.

Casi a la par que inauguraba su enseñanza en Breslau, publicaba en esta ciudad el principio de la presente obra, que señala un hito y es una piedra fundamental en los estudios del romanismo.

«Por lo que toca a su composición —observa discretamente M. Alexandre— y en particular al tratado de los *Orígenes*, es menester adelantar algunas advertencias. Es la primera que ciertos asuntos, como los más antiguos progresos de Roma hasta la expulsión de los reyes, la reforma de Servio, la constitución consular y las luchas del tribuna- do de la plebe, no se ajustan bien a las condiciones de una narración seguida; siendo necesario presentar un cuadro abreviado, según las proporciones de un marco reducido, más bien que desarrollar un lienzo donde se hallase ex- puesta con mucha amplitud la serie de los anales primitivos de Roma. Porque cualquiera que sea la opinión sustentada por otros críticos, se comprende la necesidad de la historia sin personajes, y de reproducir los acontecimientos de im- portancia en la historia de Roma, sin el retrato de los hom- bres que han intervenido en ellos. Preferir otro método es precipitarse desde luego en la tradición fabulosa y legen- daria, intentar volver a Tito Livio para demandarle la magia

del colorido de su frase, las galas de su estilo y las encantadoras ilusiones de su patriotismo romano. No podía vacilar Mommsen, quien, lejos de pretender colocar sobre mejores o peores pedestales las estatuas rotas o perdidas pertenecientes a los héroes de la leyenda, ha dispuesto sencillamente y dividido en orden metódico, según las épocas y por capítulos, tanto los resultados obtenidos por sus predecesores, como los conquistados por investigación propia. Emigraciones venidas del Oriente, principios de Roma, organización poderosa y exclusiva de la ciudad, conquistas sobre los latinos, los etruscos y los samnitas, civilización de Etruria y de la Magna Grecia, marina toscana y cartaginesa, derecho, religión, agricultura, industria, comercio, artes, matemáticas y literatura propiamente dicha, como corona de todo: tales son los objetos que el historiador recorre y en cierto modo agota. A partir de la fecha de la guerra con los galos y de la invasión de Pirro en Italia, comienza la verdadera narración histórica. Entonces vienen las guerras púnicas y la rápida conquista del mundo occidental por las armas de Roma, período en que los personajes viven y se muestran, la narración se anima y enriquece con brillantes colores; se suceden los retratos y cuadros de vivo colorido, subiendo de punto el interés político e histórico.»<sup>[3]</sup>

Pasando a la exposición de doctrinas y opiniones particulares, Mommsen se rebela contra la costumbre establecida de elevar a Grecia a expensas de Roma. Una y otra, a su juicio, tienen méritos semejantes y en cierto modo equivalentes, y se explica el sentido humano que se anticipa en la civilización de los griegos por su mayor contacto con el Oriente. Relacionados los italianos y los helenos desde tiempos antiquísimos, conservan el recuerdo de su antigua unidad en la familia indogermánica en numerosas palabras que refieren a instrumentos y artefactos, idénticas en su formación, las cuales indican claramente que la separación de

ambos pueblos y aun su emigración del Oriente es posterior a los primeros progresos de la agricultura<sup>[4]</sup>.

También testifican esta unidad importantes institutos de la vida doméstica, la organización de la familia, la monogamia y la autoridad de la madre de familia. Ni es ciertamente el azar, discurre profundamente Mommsen<sup>[5]</sup>, el que crea esas figuras divinas tan iguales de Júpiter (*Zeus, Jovis*) y Vesta (*Hestia, Vesta*), ni quien produce la noción común del lugar sagrado (*templum, τέμε νος*) de los sacrificios y de las ceremonias pertenecientes a ambos cultos.

Con todo, se desconoce la fecha exacta de la separación, y, no sin grandes esfuerzos, luego de estudiar los monumentos y tradiciones llegados hasta nosotros se distinguen en la península itálica dos capas de pueblos, que corresponden a emigraciones sucesivas: la de los latinos, cuya frontera septentrional es el Tíber y cuya venida a Italia hubo de verificarse en tiempos prehistóricos, y otra más moderna, constituida principalmente por los marsos, los volscos y los samnitas.

En los albores de la historia aparece el *Latium* como una serie de campiñas (*agri lati*) repartidas en la llanura, formando distritos o solares de familias (*gens*), denominados *vicos*<sup>[6]</sup>. La aglomeración de estos distritos formaba las *villas*, cuya unión y federación constituía la *civitas* y el *populus*. Servía de centro un punto elevado y fuerte, el *Capitolium*, lugar de reunión para las fiestas religiosas, los contratos y las diversiones públicas. A la cabeza de las ciudades confederadas, como la más importante y a quien se había reconocido primacía y superioridad entre todas, se hallaba Alba, cuyo fortificado capitolio, situado sobre una montaña, era el baluarte de la Federación Latina. La confederación tenía sus celebraciones anuales (*latinæ feriæ*), en las cuales los latinos reunidos inmolaban un toro al Júpiter lacial. Por mucho tiempo, además de las celebraciones religiosas, que reunían a la multitud sobre el monte Albano, hubo también